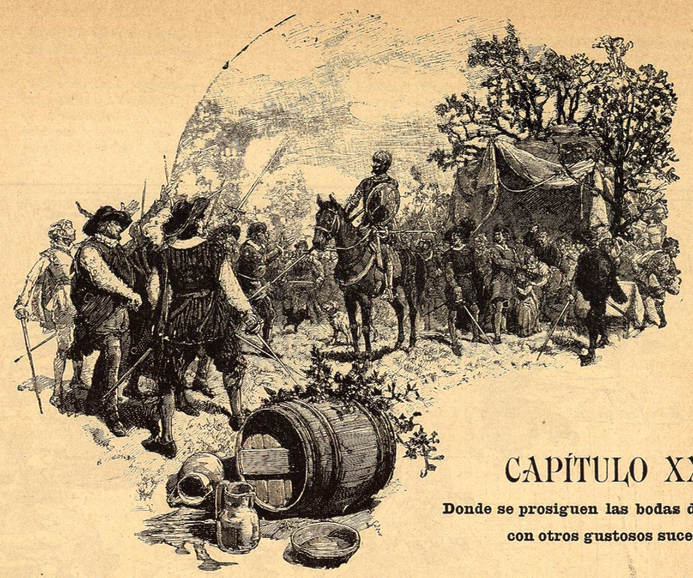

CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

CUANDO estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo:

—A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso.

Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida!

No sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes.

Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás.

Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron decir á sus espaldas graves voces, y una que decía:

—"Esperáos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa." A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro gironado de carmesí á llamas.

Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés, y en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada de color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo:

—Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenía: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima aventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio.

Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había expirado.

Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se lo sacasen antes de confesarle, porque el sacárselo y el espirar sería todo un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

—Si quisieres cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues que en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre.

Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperada desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadían que diese la

Para estar tan mal herido este mancebo, dijo Sancho Panza, mucho habla.